El libro del diablo

ASTA OLIVIA NORDENHOF

TRADUCCIÓN DE **BLANCA ORTIZ OSTALÉ**

narrativasextopiso



El libro del diablo

Scandinavian Star, segunda parte

Asta Olivia Nordenhof

Traducción de Blanca Ortiz Ostalé



sextopiso

ÍNDICE

PRÓLOGO 9

CUATRO TENTATIVAS DE DAR RESPUESTA
A LA PREGUNTA DE SI ES POSIBLE AMAR
EN EL CAPITALISMO

1.ª tentativa El diablo en el rascacielos 17
2.ª tentativa Puertas abiertas 83
3.ª tentativa Habla el diablo desde el manicomio 107
4.ª tentativa Refugio de invierno 121

AGRADECIMIENTOS 143

PRÓLOGO

Isla de Lolland, 6 de noviembre de 2022

Los lectores del primer volumen de esta serie
recordarán
que la historia concluía
con una llamada
de Copenhague
una llamada
de T
T el empresario
que planeaba
poner en marcha
una naviera y buscaba
inversores
en este volumen dos
la idea era
seguirlo
desde la infancia y hasta
la noche
en que aguardaba
la noticia de
que el incendio
del Scandinavian Star
había arrancado
con éxito

escribí tres versiones
de ese libro
y odié
las tres
qué pintaba yo
metida
en la cabeza
de ese hombre
no había nada
que rascar
si digo
que está
como tantos otros
dispuesto
a matar
con tal de sacar
provecho
ya he dicho todo
lo que se puede decir de él
y puedo
limitarme a
añadir: sí
también era un ser humano
tenía
un teléfono con una antena
muy larga
y una madre
que lamentó
de por vida
haberlo parido
así que no me quedó otra
que enterrar

al armador
y ponerme a buscar
en su lugar
al padre
del empresario moderno
todo esto ocurrió justo a la vez
que el tercer anuncio
del final
de la pandemia
regresaron los aviones
a los cielos
eso me puso
furiosa
quién
pregunté
quién
nos ha hecho creer
que ser feliz es
hacer lo imposible
ha sido el
genio el
loco
el incendiabosques
primigenio
así pues el cuarto libro que escribí
trataba sobre
Cristóbal Colón
como era de esperar
cruzaba el Atlántico
le costaba hasta
tragar una sardina en salmuera
de pura excitación

al pensar en su
contrato
potencialmente millonario
y los alisios
esa fue su carambola
los alisios lo impulsaban
y su barco medio podrido
lo conducía
hasta otro mundo
que pisoteaba enfundado en sus pesadas
botas españolas
mientras se preguntaba
cuánto darían
a cambio de
un ave colorida
en el mercado europeo
donde jamás
se había vendido una
luego empezaba a asesinar
a secuestrar niños
a poner en venta
seres humanos
pero no vayáis a creer
que lo hacía por placer
en realidad era más
un gran
engorro
simplemente
suponía
que valdría
la pena
quinientos años después

aparecía el Scandinavian Star
en medio del Caribe
ahora ya sin velas
pero dotado de un gran
motor ardiente
un casino
flotante para la clase media
americana blanca
después lo compraba
un danés
volvía a cruzar
el Atlántico
y era pasto de las llamas
pero también
detestaba
ese manuscrito
lo juro
estaba a punto de vomitar
cada vez que abría el archivo
en esos casos
cuando estás
perdida
cuando en la más ardiente desgana
te obligas
a leer otra
biografía de Colón más
u otro
artículo más
acerca de un armador que salió impune
de un asesinato
en esos casos no puedes dejar de preguntarte
cuál era

mi lema
mi lema
lo que se me había olvidado
mientras luchaba
por escribir un
libro en condiciones
sobre la vida
interior de los grandes hombres
mi lema
es este
es bueno y
simple:
¡a los hombres que les den!
en cuanto
me acordé
me acordé de
que puedo
hacer
lo que quiera
así que este
es mi libro
es
para vosotros
es
una historia de miedo erótica
que trata de empresarios y del
diablo
son
poemas
de amor
un discurso
desde el manicomio

y también será
tarea vuestra
hacer que encaje
en la serie
que de verdad
no
puedo hacerlo todo
yo sola

ASTA OLIVIA NORDENHOF

EL DIABLO EN EL RASCACIELOS

DÍA 1

Llueve en Londres. Estoy pasando la cuarentena en casa de un hombre al que conocí hace unos días en un viaje desde Copenhague a Vejle. Una serie de trabas burocráticas habían impedido que le entregaran en el aeropuerto de Kastrup el vehículo de alquiler que había reservado, de modo que no tuvo más remedio que ir en tren, igual que yo. Como venía siendo habitual, habían habilitado autobuses sustitutorios para hacer el recorrido, y en medio del grupito de pasajeros que esperábamos en silencio a que nos recogieran junto a la estación de Korsør, él destacaba porque hablaba por teléfono a un volumen considerable. Aunque me fijé en él, con su favorecedor traje azul marino y sus blanquísimas zapatillas, al rato debió de desvanecerse de mi consciencia, porque cuando de pronto nos topamos, me sobresalté.

—*A train-bus, that's contradictive* —dijo con una sonrisa estudiada que se interrumpió de forma repentina. Después añadió que se había fijado en mí ya en la Estación Central.

Nos sentamos juntos en el autobús y durante el trayecto mantuvimos una conversación sin demasiadas complicaciones. Estaba recién divorciado y me habló del fracaso de su matrimonio y de lo que, en su opinión, había sido la causa de la ruptura (su mujer no le entendía). Se refirió también a su trabajo, que era el motivo de su viaje a Dinamarca. Era *programming architect,* titulación

que supuso requería explicaciones, y cuando yo confirmé sus suposiciones, se embarcó en una larga historia sobre el cajero automático y el sistema que lo hace posible, un relato que escuché con interés, pero que no soy capaz de reproducir aquí.

Como tengo por costumbre, mentí acerca de mi identidad. Cuando era más joven, solía inventar mentiras grandilocuentes, pero con la edad mis historias se han vuelto mucho más verosímiles y directamente sosas. Aun así, me superé a mí misma contándole que era periodista en uno de los mayores diarios del país y que acababa de publicar un libro de debate sobre el empobrecimiento de la educación, vaya usted a saber por qué se me ocurrió algo tan aburrido. Mientras hablaba, mi compañero de asiento me lanzó varias miradas que me produjeron una sensación de precisión casi digital, un escaneo al que me gustó someterme.

Resultó que compartíamos el mismo destino, Vejle, y solo después de intercambiar un fugaz abrazo frente a la estación y marcharnos cada uno por nuestro lado, caí en la cuenta de que toda nuestra conversación había tenido lugar en voz baja, casi entre susurros, como si hubiésemos sabido de inmediato que compartíamos un secreto.

Cuando llegué a la habitación de hotel donde iba a pasar la noche, salí a sentarme al balcón. Olía a árboles mojados, a tierra ácida y a noche. La cercanía de mi teléfono me producía el mismo cosquilleo que imagino que siente un perro, incluso en sueños, ante el hueso sobre el cual descansa su pata, y, en efecto, no tuve que esperar mucho para recibir un SMS. No tenía intención de volver a viajar con los ferrocarriles daneses jamás, decía, pero conocerme había sido todo un placer.

La noche siguiente volvimos a vernos en Copenhague. Propuse que nos encontrásemos en el bar de un hotel donde no había estado en mi vida y lo presenté como el sitio al que iba siempre. Me gusta estar aquí, me gusta sentirme anónima, dije; y en el fondo era verdad.

Nos acomodamos en una zona de sofás curiosamente bajos y él continuó hablando del fracaso de su matrimonio. Durante la enfermedad de su suegro, su mujer se había empeñado en que comprasen una casa a escasos metros de la de sus padres. Allí se había sentido como un fantasma mientras ella le exigía con más y más insistencia (no con palabras, sino con todo su ser) que se transformase y ocupara el puesto de ese padre que estaba por desaparecer.

—*Well* —dije enarcando las cejas antes de dar a la conversación un giro más teórico que no mostraba mucha empatía con lo que acababa de contarme—. Básicamente no creo en el matrimonio, al menos conmigo no funcionaría nunca —aseguré, para luego puntualizar—: Puedo ser monógama, aunque va en contra de mi naturaleza, puedo incluso ser bastante considerada. De lo que no soy capaz es de echar de menos, y ese es el problema. Cuando un hombre no está, no está, y no lo echo en falta. Se me borra de la mente que estuvo ahí alguna vez. Sale por la puerta y ¡zas!, borrón y cuenta nueva. No sé cómo se percatan, pero lo hacen, los hombres saben que los he olvidado y eso los confunde y los lleva a dudar del tipo de persona que soy.

Eso dije, y después de una pausa calculada y en un tono que pretendía mostrar ensimismamiento, añadí que tal vez fuese algo desalmada. Aunque con ese añadido me la jugaba, advertí que no hacía sino aumentar su interés,

pues se echó hacia adelante en el asiento, me buscó la mano y la apretó levemente.

—*I don't think so.*

Tomamos un vino más, continuamos compartiendo nuestras vidas del mismo modo acogedor y despreocupado, y nos separamos a la puerta del hotel con un abrazo casi tan fugaz como el de Vejle.

Al día siguiente me envió una foto que había sacado delante del aeropuerto de Heathrow. En la imagen se veía un perro mojado atado con una correa, supuestamente a una persona, aunque la fotografía cortaba la correa antes de llegar a ella. El perro estaba empapado y parecía arrepentido hasta de vivir.

I'm this dog without you, había escrito, y en el mensaje inmediatamente posterior: *You should come to London!*

He de admitir (aunque me gusta considerarme incapaz de sorprenderme) que me sorprendió. En las actuales circunstancias, la invitación implicaba pasar una cuarentena de catorce días en su apartamento nada más poner un pie en Inglaterra.

Sure, le respondí de inmediato, y para subrayar que no era una ironía, añadí un mensaje más: *No really, I'm coming!*

Sí, sentía cierto interés por aquel impulsivo londinense, al tiempo que me intrigaba saber si él también me habría mentido sobre su vida y si sabría que yo lo había hecho, aunque no fue eso lo que me empujó a aceptar su invitación. Llevo ya algunos años intentando sin éxito escribir una novela acerca de una persona que conocí en una ocasión y que se hacía llamar T, y recibir la invitación

a Londres me hizo percibir con una seguridad animal que ese era exactamente el marco que andaba buscando para mi historia.

Dedicamos las siguientes veinticuatro horas a obtener los documentos que cada uno tenía que firmar para presentar una declaración jurada de que estábamos prometidos y, por lo tanto, teníamos derecho a vernos a pesar de las normas que regulaban la entrada y salida del país.

Luego volé por encima de un par de países y el mar, y atravesé varios controles en Heathrow que finalmente me condujeron a un local donde esperaba mi anfitrión. Emocionados y sin palabras, nos dirigimos al aparcamiento subterráneo, y allí, en aquel espacio enorme y frío como una iglesia, me sentí feliz entre un montón de coches negros y lustrosos.

Así que aquí estoy ahora. Le he contado a mi anfitrión que tengo una tarea importante que acabar durante mi estancia. Le he pedido comprensión si el trabajo me absorbe, y me la ha dado. Ha tenido el detalle de colocar una mesa y una silla para mí frente a la ventana para que al levantar la vista del ordenador vea el Támesis. Está lloviendo, hace ya mucho que oscureció. Mañana al despertarme contaré la historia de T.

DÍA 2

Esta mañana, al abrir los ojos, me había olvidado de mi anfitrión. Me he acordado de su existencia al darme la vuelta y verle la espalda, que palpitaba a medida que circulaba en el interior de su cuerpo el aire que compartíamos. Como no quería despertarlo, me he puesto un suéter encima del camisón haciendo el menor ruido posible y he salido de puntillas a la terraza. Me he quedado ahí un buen rato, entregando el corazón a esta ciudad húmeda e inaccesible, hasta que, de pronto, me he dado cuenta de que debería tener frío. He bajado la vista a mis pies para cerciorarme de que seguían ahí y comprobar que al parecer sigo viva.

Al volver al dormitorio me he encontrado la cama hecha; el único testimonio de la reciente presencia de mi anfitrión era un sutil toque floral en el ambiente. Me he sentado en un extremo de la cama y he reparado en la notita de la mesilla. *See you later,* ponía. Debajo de estas palabras, un gran corazón dibujado, una niñería que me ha resultado tan fuera de lugar que no he podido reprimir una risita.

Pero si algún talento tengo es la habilidad de olvidar deprisa, de modo que al entrar en el salón ya había dejado atrás el alborozo. No he encontrado extraño que mi anfitrión me hubiese dejado un cruasán en el escritorio; al contrario, lo he devorado con distraída impaciencia;

luego he encendido el ordenador, me he quedado mirándolo hasta que se ha activado la hibernación, lo he encendido de nuevo y he vuelto a dejar que se apagara otra vez.

Hace ya más de diez años que abandoné a T llevándome una maleta llena de dinero. Ya no conozco a la joven que se fue con él, pero ¿acaso llegué a conocerme a mí misma alguna vez, no me dejé arrastrar sin más por un flujo incomprensible de dinero? En cualquier caso, sospechar que T es un diablo no es lo que me ha impedido escribir nuestra historia en común, sino más bien la pregunta: Si T es un diablo, ¿qué soy yo entonces?

Sin embargo, ya no puedo seguir aplazando la historia, me he asegurado de ello al instalarme aquí, en el rascacielos. La arquitectura de la cuarentena es el marco en el cual debo y voy a contarla.

Corría el año 2009 y, poco después de la quiebra de Lehman Brothers, la economía mundial ardía por los cuatro costados; lo menciono porque Steffie también lo mencionó cuando me hizo la entrevista para entrar a trabajar en el Velvet Deluxe.

—Las ventas de artículos de lujo caen en picado en tiempos de crisis —dijo—, y eso, evidentemente, nos incluye a nosotras.

O sea, que no esperase ganar lo mismo que habían estado ganando en los años anteriores, pero sí que contase con ganar bien.

—Vale —contesté mientras sacaba del bolso la lencería con la que iban a fotografiarme.

Steffie me fue dando instrucciones tajantes y concisas durante toda la sesión de fotos que siguió. Túmbate en la cama, rodéate un pecho con la mano, etcétera. Después descargó las fotos en su ordenador y me mostró las que había pensado utilizar en la web. Estábamos sopesando los pros y los contras de una en la que salía con las piernas muy largas pero el culo un poco plano cuando de pronto Steffie se apartó de la pantalla y se volvió hacia mí.

—Para esto no vale todo el mundo —dijo.

Había en ella algo descarnado que admiré de inmediato, un amor valiente a los hechos, en este caso que a unos la vida los aplasta mientras que otros logran lidiar con ella.

—Lo entiendo —dije—, pero quiero empezar.

En aquel momento llevaba tiempo decidida a empezar a trabajar de prostituta y había visitado varios locales; elegí el Velvet Deluxe sencillamente porque su interior era el que más me atraía. Era rosa y rojo, con dibujitos de flores y adornos dorados, tan ridículo y excesivo que lo prefería con mucho a los blancos profesionales y las orquídeas tristes de consulta de dentista que había encontrado en otros negocios.

La decisión, es decir, la principal, la de prostituirme, la había tomado un día al volver de una reunión con una señora que, desde detrás del cristal blindado de la oficina de prestaciones, me explicó que mi subsidio había quedado reducido a la mitad por culpa de no sé qué reforma reciente. Suicidio o prostitución, pensé de camino a casa, pero esta historia no va de victimismo, va de que por mí al Ayuntamiento le pueden dar; además, llevaba mucho tiempo soñando con ganar dinero deprisa y en cantidad.

Por aquel entonces, yo tenía una enfermedad mental, signifique lo que eso signifique; el caso es que era incapaz

de comportarme de un modo socialmente aceptable. Ligaba a diestro y siniestro, lloraba a la mínima o me echaba a reír cuando tocaba estar seria, era como si alguien retorciese una esponja sin parar y no saliese nada más que agua sucia. En pocas palabras, no resultaba encantadora, pero era lista y guapa, y en vista de que a nadie le interesaba demasiado lo primero, tenía intención de explotar a conciencia lo segundo.

También me pareció una ventaja que el sector del sexo estuviese considerado inmoral. La idea de participar en una empresa inmoral aliviaba mi miedo a equivocarme y ser excluida. ¿Qué podía hacer peor una vez metida ahí? Y luego estaba el sueldo, que sobrepasaba con mucho lo que había ganado en cualquier otro empleo no cualificado, y el hecho de que lo entregaran dentro de un sobre al acabar una guardia y no tener que esperar también me atraía.

Así que le dije a Steffi que quería empezar. También sabía ya cómo iba a llamarme.

—¿Dafne? —Me interrogó con la mirada.

—Es de la mitología griega. Dafne se transforma en árbol para huir del amor de un hombre.

Mientras escribo, ha regresado mi anfitrión. Me he puesto a teclear con fuerza para que sepa que estoy embarcada en una tarea que requiere toda mi atención. Pero mi rabia instintiva contra él era innecesaria, me ha dejado tranquila, no me ha importunado siquiera con un hola. Desde la isla de la cocina se va extendiendo un aroma a tomillo quemado. Podría escribir «Lo amo». No sería cierto, pero tampoco necesariamente falso. Si viviese aquí

lo suficiente, acabaría diciéndolo tarde o temprano. En parte, como una mera formalidad, para justificar mi prolongada presencia; en parte, para confesar que él habría llegado a ser un hábito de no poca importancia para mí y para preguntarle si yo también le resultaba indispensable.